

074. A Jesús por María

Repetimos mil veces una expresión de honda piedad mariana que ha adquirido carta de ciudadanía en la Iglesia: “A Jesús por María”. Cuatro palabras nada más —dos de ellas monosilábicas— de las cuales decía el bueno y querido Papa Juan XXIII que *encierran una doctrina que vale por todo un libro*.

Resulta interesante saber que estas palabras no son una invención más o menos acertada de nuestra piedad para con la Virgen, sino que son en el fondo la traducción de aquellas palabras de Mateo cuando nos narra la visita de los Magos a Belén, de los que dice: “*Y al entrar en la casa, encontraron al niño con María su madre*” (Mateo 2,11)

María tiene y posee a Jesús como madre.

María ofrece Jesús como madre a todos los que lo buscan.

María ejercita su oficio maternal entre Jesús y los hombres como Medianera del uno con los otros.

María no tiene otra misión que dar Jesús a los hombres y llevar los hombres a Jesús. Por María vino Jesús al mundo, y el mundo encuentra en María el camino más fácil, seguro y delicioso para llegar a Jesús el Salvador.

La Biblia es la manifestación del plan salvador de Dios, es la Historia de la Salvación. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento no son sino el desarrollo del querer de Dios que se ha empeñado en salvarnos. Ambos Testamentos se centran en Cristo: el Antiguo arranca con la promesa de un Salvador después de la caída de Adán: *Un hijo de la mujer te machacará la cabeza*; y el Nuevo se abre con la venida del Salvador prometido: *El Hijo de Dios se hizo hombre..., nacido de mujer..., de María, de la cual nació Jesús*.

Si sabemos leer estas palabras de la Biblia, vemos que desde un principio hasta el final Jesús es el centro que lo resume todo. Pero, a la vez, Dios coloca a María junto a Jesús como asociada de manera inseparable en la obra de la Salvación.

La última cláusula del testamento de Jesús en la cruz será la proclamación de la maternidad de María sobre todos los hombres: *Ahí tienes a tu madre..., ahí tienes a tu hijo*. De este modo, a la que es Madre suya porque lo llevó en su seno, el Señor la constituye Madre de todos los redimidos. Jesús, y cada uno de nosotros, tenemos una Madre común.

Un escritor, con una frase algo atrevida, nos dice de manera muy gráfica: *Un cristiano sin María es una monstruosidad* (L. Mascall). ¿Qué es un monstruo? Un ser deforme, que no está completo; le falta algo o le sobra mucho que le afea.

De ahí concluirá otro escritor: *Entrad dentro de vosotros mismos, y decidme si no tenéis necesidad de María* (Ernest Hello). Quien dijera que no necesita de María estaría afirmando que no le interesa para nada el plan de salvación trazado por Dios y ratificado por Jesucristo en la cruz.

Los que están convencidos del papel importante que María juega en nuestra salvación acuden a Ella con la seguridad de que María no les va a fallar.

Valga el caso famoso del líder comunista en Estados Unidos allá por los años cuarenta. Budenz se da cita en un bar de New York con Monseñor Fulton Sheen para hablar sobre sus teorías marxistas. Cambiados los primeros saludos, Monseñor inicia el diálogo:

- *Bien, ahora hablemos de la Virgen.*
- *¿De la Virgen? ¿Para esto he venido yo aquí?...*
- *Hablemos primero de la Virgen María, y después trataremos de las cuestiones sociales.*

Budenz hubo de aguantar el aguacero durante una hora. Un aguacero que se volvió en un diluvio de gracia. Entrado en la Iglesia Católica, confesó con lealtad: *-Comprendí la inutilidad y la perversidad de mi vida. La paz que irradia María había caído sobre mí con claridad y con fuerza poderosa.*

Lo que nos salva es ciertamente la gracia que Jesucristo nos mereció con su sacrificio redentor. Pero Dios ha tenido a bien que María sea la gran dispensadora de esa gracia divina, gracia que María nos dispensa a todos abundantemente cuando acudimos a Ella con confianza filial. Así nos lo dijo con una de sus sentencias más célebres el gran Doctor de María San Bernardo:

- Con todo el corazón y con todos nuestros afectos veneremos a María, porque esta es la voluntad de Aquel que ha querido que todo lo tuviéramos por medio de María.

Naturalmente. Porque desde el momento en que Dios quiso que tuviéramos a Jesucristo por medio de María, la Virgen Madre de Jesucristo será la encargada de proporcionarnos todo lo que necesitamos para conseguir esa salvación que Jesucristo nos mereció.

Siendo ésta la realidad de la vida cristiana, entendemos esas palabras de San Luis María Grignon de Montfort, que a muchos les parecen una exageración:

- No sería Cristo plenamente nuestro Hermano si no tuviéramos Él y nosotros una misma Madre. Cabeza y miembros nacen de una misma Madre: si un predestinado naciese de una madre que no fuese María, no sería miembro de Cristo. Sería un monstruo en el orden de la gracia.

Los hijos de la Iglesia no necesitamos muchas razones para convencernos de lo que María significa para nuestra salvación. No necesitamos esas razones, porque sentimos dentro de nosotros mismos y vivimos con gozo el amor más tierno a la Madre de Jesús y Madre nuestra. Jesús nos da su propia Madre como Madre nuestra, y María nos sigue diciendo:

- ¿Buscáis a Jesús? Miradlo siempre en mis brazos. Yo lo doy a quien me lo pide. A todos les aseguro que no es una exageración, ni mucho menos, eso que dicen de mí tantos amantes míos: ¡A Jesús por María! Quien no lo crea, que haga la prueba...